

Calidad en la acción pública

Gonzalo Cowley P.



En un mundo cada vez más complejo, es crucial contar con una actividad pública de calidad para asegurar la estabilidad y el progreso de las sociedades democráticas. Esa calidad no solo se refiere a las competencias y capacidades de quienes se dedican a los asuntos públicos, sino también a su integridad, transparencia y compromiso con el bienestar del conjunto.

Una actividad pública calificada, entonces, encierra una consecuencia fundamental para garantizar la adhesión ciudadana y fomentar una convicción democrática sólida entre las personas, y entre éstas y las instituciones. Cuando la ciudadanía percibe que quienes actúan en la esfera pública lo hacen de manera justa, ética y responsable, invariablemente aquello produce un efecto de confianza en el sistema, fortaleciendo la legitimidad de la función y la adhesión a las instituciones democráticas.

Se sigue, de ese modo, que uno de los principales beneficios de una actividad

pública de calidad es la promoción de entornos basados en la justa búsqueda de la cohesión social. Por lo tanto, resulta evidente que el compromiso con la calidad señalada se expresa en más y mejor inclusión, igualdad de oportunidades y respeto a la diversidad, todos elementos sustantivos de una democracia en forma.

La búsqueda de acuerdos amplios que superen divisiones; el trabajo activo para promover una ética del diálogo constructivo; el compromiso férreo con la resolución pacífica de los conflictos o la promoción de los derechos fundamentales, contribuyen a la reducción de la polarización y la construcción de puentes que fortalecen los lazos comunitarios.

Chile requiere hoy de mucha más intensidad democrática. Por una parte, mejores reglas jurídicas y procedimentales, mejores mecanismos de distribución del poder, fiscalización y transparencia activa; y por otra, mejor calidad e integridad en la manera de actuar en el espacio público. Y énfasis público, y no “espacio

político”, pues habitualmente se termina utilizando de manera restrictiva como otra forma de pegarle gratis a la actividad política.

El espacio público es diverso y el deseo de una acción de calidad incluye a todos los sectores e instituciones privadas, académicas, de la sociedad civil,

medios de comunicación, organismos intermedios y el Estado; también la propia, que a veces muestra esos lados oscuros de nuestro vínculo con el territorio, como quedó evidenciado en los recientes días de temporal, con esos cientos de toneladas de

desechos y escombros que provocaron consecuencias devastadoras.

Más integridad, más transparencia, más convicción y protección de nuestras instituciones y nuestro lenguaje. Y, del mismo modo, menos electrodomésticos y escombros en las quebradas y cursos de agua cuyo desafío es fluir naturalmente, casi tan naturalmente como debe hacerlo un sistema democrático que se precie de tal.

“Más integridad, más transparencia, más convicción y protección de nuestras instituciones y nuestro lenguaje”.

Jorge Marín
Head hunter



¿Progresismo o regresismo?

Es curioso como los políticos imponen palabras como verdades reveladas, sin detenerse en su etimología o asignar, sin mayor sentido lógico, esa palabra a determinado sector político. Un ejemplo evidente es el uso del concepto progresismo como sinónimo de pensamiento de izquierda. La pregunta es: ¿la izquierda, al menos la chilena, es realmente progresista?

La RAE define progreso como “la acción de ir hacia adelante, avance, perfeccionamiento” y progresismo como “dicho de una persona o colectividad con ideas y actitudes avanzadas”. ¿Son estos conceptos patrimonio de la izquierda? Por cierto que no. Que hay progresistas de izquierda, claro que sí. Como sin duda también los hay de derecha.

En los últimos 40 años Chile claramente fue un país progresista, por su innovación, el mejoramiento de todos los indicadores económicos y sociales, y por una población que ha mostrado una movilidad social como nunca antes. Todo, en un contexto de gobiernos de distintos colores y matices, pero fundamentalmente por un cambio en la mentalidad nacional que caminó desde el perfil de empleado público empatador al de emprendedor creativo, ese que formó su pyme y dio empleo a tres o cinco personas. O sea, progresismo real.

Cuando se observa el caso fundaciones, y el uso que allí se dio a recursos fiscales, cuesta encontrar el concepto de progreso. Más si el mismo sector considera clave una nueva reforma tributaria. ¿No será más “progresista” partir por ser eficientes en el gasto y su control, antes de ahogar el crecimiento (ya suficientemente limitado)?

El progresismo no está en declaraciones, está en hechos. Si es por ser progresista, en Chile el gasto en educación pasó un 2,4% del PIB en 1993 a 5,6% en 2019 y en salud de 2,5% en 1995 a 5,8% en 2021. Está haber logrado una alfabetización de un 96,4%, y una mortalidad en menores de 5 años que bajó de 19% en 1990 a 7,8% en 2019. Eso es de verdad avanzar. Pero nada de ello se hubiera podido hacer sin crecimiento. Un PIB per cápita que pasa de USD 2.488 en 1990 a USD 16.265 en 2021 es una tremenda ayuda.

El crecimiento es progreso, pero curiosamente los tres gobiernos más “progresistas” que ha habido en Chile desde la vuelta de la democracia son aquellos que exhiben el peor desempeño en ese sentido.

Empleo artificial

María José Abud



Históricamente las nuevas tecnologías han tenido un efecto positivo en la sociedad, aumentando la productividad global y mejorando la calidad de vida de las personas. Los impresionantes nuevos avances de la inteligencia artificial podrían traer sustanciales progresos en áreas como la salud y la ciencia. Sin embargo, aún sus impactos son difíciles de estimar, especialmente cuáles serán sus fronteras de acción. A nivel mundial la regulación está en desarrollo, siendo complejo el establecimiento de límites en sus aplicaciones, debido a la necesidad de evitar usos negativos de esta herramienta y a su vez no inhibir la innovación.

En el empleo, los potenciales efectos son todavía bastante inciertos. La literatura al respecto concluye que las nuevas tecnologías pueden reemplazar a trabajadores en la medida que realicen tareas a menores costos, pero a su vez estos avances pueden impactar positivamente en el empleo cuando existe una complementariedad en las ta-

reas laborales o cuando los avances tecnológicos traen consigo la creación de nuevas tareas humanas en las organizaciones.

En lo que no hay dudas es que la inteligencia artificial llegó para quedarse, implicando un quiebre en la relación entre los humanos y las máquinas, debido a su capacidad de solucionar problemas complejos de la misma o de mejor forma que las personas. De acuerdo con un reciente estudio que realicé para el CEP, un 46% del empleo en Chile tiene un nivel de rutina media o alta, es decir con potencial a ser realizado por las nuevas tecnologías, lo que equivale a más de 4 millones de puestos de trabajo. Cifra que probablemente sea mayor si se considerarán los aún inciertos alcances de la inteligencia artificial en la ejecución de tareas menos rutinarias y más complejas.

Lamentablemente en Chile no nos estamos preparando para esta nueva revolución, y nuestro punto de partida es

desolador. Los recientes resultados del Simce evidencian el paupérrimo nivel de aprendizajes de los futuros trabajadores. A esto se le suma la deuda en productividad por trabajador que arrastramos, la cual está entre las más bajas de la OCDE y lleva un tiempo estancada. Los trabajadores futuros sobrevivirán en la medida que cuenten con competencias que aún no

ha desarrollado la inteligencia artificial, como, por ejemplo, las habilidades blandas. Atributos como la creatividad, la empatía o la adaptación al cambio serán cada vez más valorados en el trabajo, como también contar con herramientas técnicas para utilizar las nuevas tecnologías. Para

esto se requiere de un piso sólido de competencias alfabéticas, numéricas y de resolución de problemas, en lo que estamos totalmente al debe. Ya llegamos tarde, estamos ante un empleo artificial, que podría esfumarse en el futuro si no ocupamos hoy en generar una hoja de ruta para estos desafíos.

“En Chile no nos estamos preparando para esta nueva revolución, y nuestro punto de partida es desolador”.